



EL ARMON CONDUCTOR DE LAS PRENDAS DE MORELOS.

la Escuela Militar de Aspirantes; aparecía la cureña de cañón sobre la cual fueron colocados el retrato y los uniformes de Morelos, tirada por dos troncos de caballos que conducían cuatro artilleros, y flanqueada por seis sargentos del Colegio Militar, dos artilleros, dos sargentos de infantería, dos de caballería y dos de artillería, representantes del Ejército que hacían guardia de honor á las viejas prendas del soldado más grande de la Historia Patria. A continuación desfilaba la Embajada Española: el Excelentísimo señor Capitán General Marqués de Polavieja, con traje de rigurosa gala y lujosas y meritísimas condecoraciones, marchaba entre el señor Subsecretario de Relaciones Exteriores, don Federico Gamboa, y el señor Subsecretario de Guerra y Marina, General don Ignacio Salamanca, quienes también lucían uniforme de gala y condecoraciones; Su Excelencia el señor Ministro de España, don Bernardo J. de Cologan, caminaba entre el Primer Introdutor de Embajadores, don Luis S. Carmona, y el Director del Colegio Militar, Brigadier don Joaquín Beltrán; iban en seguida los señores Secretarios de la Embajada y de la Legación, los miembros de la delegación militar y los Jefes y Oficiales del Ejército nombrados para atender á los huéspedes hispanos: la mezcla de uniformes militares y de casacas diplomáticas daba á esta sección del desfile un aspecto, si bien pintoresco, sobremano soleme. Seguían luego, en representación del señor Presidente de la República, el Jefe de su Estado Mayor, Teniente Coronel é Ingeniero don Samuel García Cuéllar, y el Teniente Coronel é Ingeniero don Porfirio Díaz (hijo).

Después de este brillantísimo cortejo, aparecieron las banderas históricas, que constituían la nota más conmovedora de la ceremonia; pues si el uniforme de un héroe está íntimamente unido á un recuerdo épico, la visión de un estandarte evoca la memoria sagrada de la patria. La bandera es el símbolo de la nacionalidad, la representación material de todos los anhelos, la síntesis maravillosa de todos los ideales, y si ella por sí sola es siempre objeto de veneración, los pendones de hace cien años, destrozados por las balas realistas, revivían en las memorias á los abnegados insurgentes que los tremolaron en los campos de batalla y hacían que se inclinaban con



LA EMBAJADA ESPAÑOLA, PRECEDIDA POR EL ARMON CONDUCTOR DE LAS PRENDAS DE MORELOS, LLEGA AL PALACIO NACIONAL.

mismos delirios de libertad y los mismos ensueños de justicia que animaron á los espíritus excelsos de los padres de la patria. El grito de «¡Viva la Virgen de Guadalupe!» volvió á atronar los aires entusiastamente, como durante la guerra de Independencia, y á alzarse por encima de todas las creencias y á sobreponerse á todas las religiones: no hubo quien no inclinara la cabeza ante la imagen sagrada del primer estandarte de la Independencia. La religión de la libertad fusionaba todos los credos y amalgamaba todas las conciencias; el pasado heroico reconciliaba todos los antagonismos; el amor á la patria se erguía épicamente sobre todos los amores.

El desfile heroico partió de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Una amplia valla colocada desde las puertas del edificio hasta la entrada del Palacio Nacional, marcaba la ruta que debía seguirse en la conducción de las reliquias.

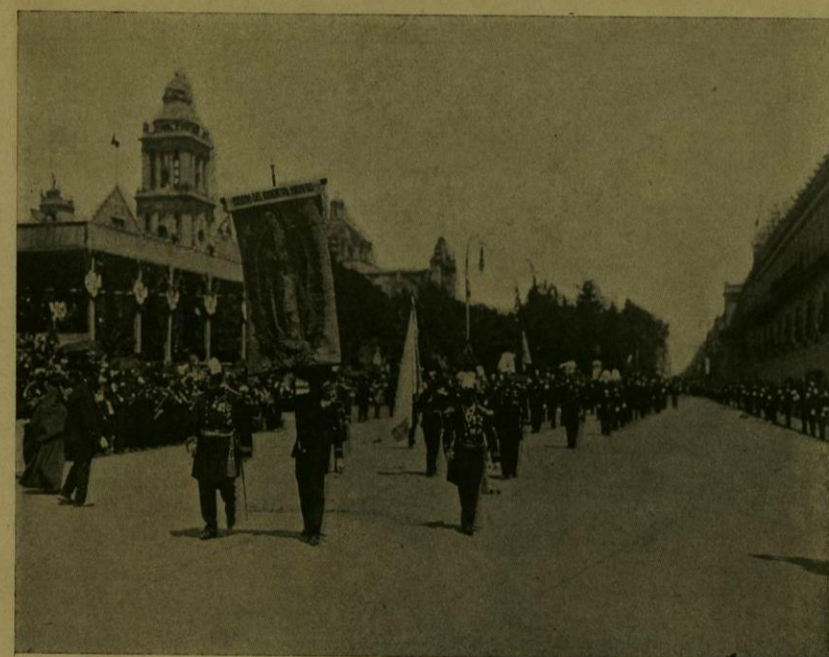
Precedía al cortejo triunfal una descubierta de gendarmes montados que portaban traje de gala; seguía una compañía de



PRENDAS DE MORELOS DEVUELTAS AL GOBIERNO MEXICANO.

reverencia todas las frentes y que se conmovieran hondamente todos los corazones.

El primer pendón que apareció fué el de don Miguel Hidalgo y Costilla, que es una imagen de la Virgen de Guadalupe, la diosa de nuestras multitudes, la patrona de los indígenas, la señora de los desamparados, la capitana libertadora que animó á los padres de la patria en sus terribles momentos de desencanto y de duda, la que los guió siempre al combate y los condujo á la victoria; por esto, aun cuando el estandarte no tenga una autenticidad minuciosamente comprobada, las multitudes, que nunca rechazan lo que las halaga, lo seguirán amando y venerando, pues, auténtico ó falso, evoca en ellas un pasado glorioso. Tras de este pendón, pasaron, cubiertos con el polvo amarillento de los años, y evocando visiones de grandiosas leyendas, el estandarte de Morelos, la bandera del Batallón de Tepic, la oriflama del Cuerpo de Caballería de Valladolid y, finalmente, el guión conocido con el nombre de



LOS ESTANDARTES INSURGENTES EN LA COLUMNA QUE ESCOLTO LAS PRENDAS DE MORELOS.

señores Manuel Sierra Méndez, Licenciado Luis G. Caballero, José María Luján, Francisco González Cosío, Licenciado Demetrio Salazar y Secretario Licenciado Antonio de la Peña y Reyes; y otro tanto hicieron la Secretaría de Relaciones, el Estado de Michoacán y el Círculo Michoacano residente en la Capital. A los representantes del Congreso y del Estado de Michoacán se unieron galantemente el Alférez de Navío Ismael Zurueta, el Teniente de Fragata Americo Fincati, el Oficial Caillet Bois, y los Aspirantes Jofre, Bertrongo y Ferreira, todos ellos de la Marina Argentina, y los Tenientes Teixeira y Paz Oliveira y los Segundos Tenientes Frompesky, Castillo y Campos Páez, de la Marina Brasileña.

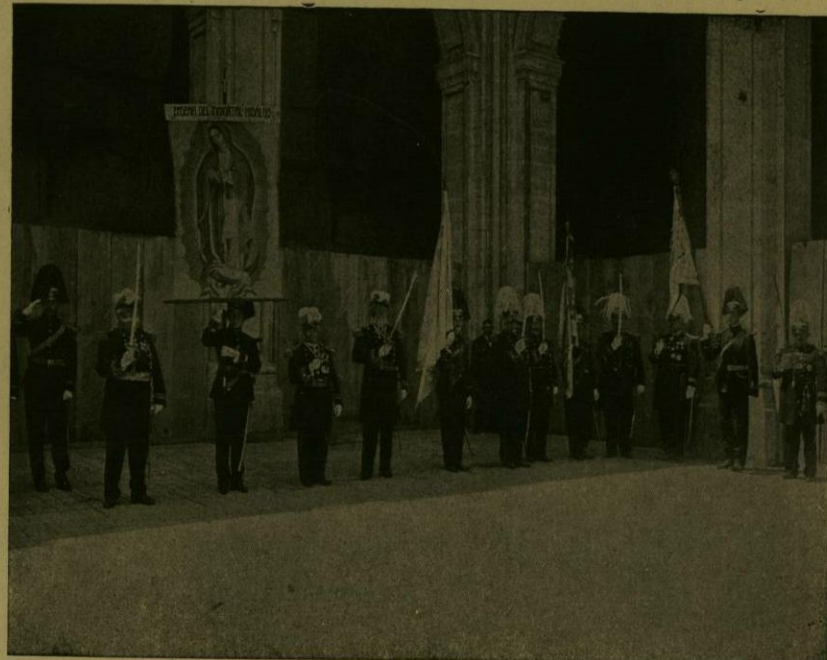
Cerraban el cortejo dos compañías del Colegio Militar y una brigada mixta, al mando del Brigadier don J. Refugio Velasco, integrada por el 19.º Batallón de Infantería, por el 11.º Regimiento de Caballería y por una batería del Regimiento 1.º de Artillería.



LOS SECRETARIOS Y AGREGADOS DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA EN LA COLUMNA QUE ESCOLTO LAS PRENDAS DE MORELOS.

«Doliente Hidalgo.» El Ministro de la Guerra nombró á los Generales de Brigada don Gregorio Ruiz y don Emiliano Lojero custodios del pendón del Padre de la Patria, y, para que escoltaran los otros estandartes, á los señores General de Brigada Manuel Sánchez Rivera y Brigadieres Manuel M. Blásquez, Miguel Gil, Carlos Becerril, Adolfo Iberri, Enrique Mondragón y Eduardo Paz. El cuadro era solemne: los Generales de hoy rindiendo palmas á los soldados de ayer; las tropas que formaban valla, presentando armas; las flamantes banderas tricolores inclinándose ante el paso del cortejo; la multitud, atónita y conmovida, arrojando flores al contemplar la resurrección del más bello capítulo de la Historia Nacional. Hubo un momento en que esa multitud rompió la valla para acercarse á las banderas sagradas, sin que los soldados, conmovidos, rechazaran á la masa popular, porque sabían que ésta iba á rendir el mayor homenaje que ha recibido el Ejército.

A fin de estar representada en tan interesante ceremonia, la Cámara de Diputados envió á una comisión integrada por los



LOS ESTANDARTES INSURGENTES, CON SU GUARDIA DE HONOR, EN UNO DE LOS PATIOS DE PALACIO.

Hermosas niñas vestidas de blanco se agregaron á la procesión en la calle del Empedradillo, y desde allí comenzaron á derramar sobre las reliquias de Morelos brillantes pétalos de flores que llevaban en canastillas.

La llegada al Palacio Nacional fué indescriptible. En el instante en que fueron bajadas del armón las reliquias, las bandas de los Batallones 18.º, 20.º y de Zapadores batieron marcha de honor y las músicas de los mismos cuerpos dejaron oír las notas vibrantes del Himno Nacional; todas las campanas de Catedral repicaron á gloria, y el pabellón izado en el Palacio del Poder Ejecutivo fué arreado momentáneamente para ascender de nuevo en forma de saludo triunfal. Ante este espectáculo no hubo corazón que no palpitará de emoción ni ojos que no se humedecieran con lágrimas de santo júbilo, mientras el alma de la República cantaba en las sonoras esquilas y en las vibrantes cornetas y hacía ondear en el espacio la bandera nacional.

Después de atravesar el patio y subir las escaleras entre una doble fila de dragones de la Guardia Presidencial, pasaron las reliquias en medio de una valla formada por los Jefes y Oficiales francos de la guarnición, que presentaban armas.

El señor General Díaz, uniformado de Divisionario y rodeado por los Secretarios de Estado y los miembros de su Estado



LOS SECRETARIOS Y AGREGADOS DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA SE CUADRAN EN UNO DE LOS PATIOS DE PALACIO AL ESCUCHAR EL HIMNO NACIONAL.

Mayor, esperaba en la plataforma de honor al Excelentísimo señor Marqués de Polavieja y á su brillante acompañamiento, que entraron por fin en el salón; entonces los diplomáticos y los militares, las damas y los caballeros se pusieron en pie, ante las reliquias sagradas, y un silencio religioso se extendió por todo el recinto.

Habló el Excelentísimo señor Embajador Especial de España. Su breve y conceptuoso discurso interpretó noblemente los anhelos del hidalgo Monarca que de manera tan hábil rige los destinos de la Madre Patria; y abandonando el ceremonioso formulismo de etiqueta, habló de la fraternidad de los pueblos con frases sentidas y entusiastas, que sugirieron por un instante la milagrosa visión de la solidaridad hispanoamericana, y rindió un homenaje á nuestro gran



EL SR. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, ACOMPAÑADO POR LA EMBAJADA ESPAÑOLA, DESPUES DE LA DEVOLUCION DE LAS PRENDAS DE MORELOS.

Morelos, á quien, con alto espíritu de justicia, llamó gran ciudadano y gran soldado y de quien afirmó que España, como madre, se sentía orgullosa. ¹

El señor General Díaz, en notable contestación, expuso que recibía las reliquias en nombre de la República entera y que aquéllas constituían un obsequio de la hidalguía española y no una justa devolución, porque habían sido perdidas en esforzada lid por el inmortal Caudillo, que fué leal enemigo de España. «Si España ufánase de habernos dado vida—agregó el señor Presidente—, México se enorgullece de reconocerlo y proclamarlo.» Y á continuación añadió las siguientes palabras, que causaron una de las emociones más hondas del Centenario:

«Yo no pensé que mi buena fortuna me reservara este día memorable en que mis manos de viejo soldado son ungidas con el contacto del uniforme que cubrió el pecho de un valiente, que oyó palpar el corazón de un héroe y prestó íntimo abrigo á un altísimo espíritu que peleó, no contra españoles, porque fuesen españoles, sino porque eran los opositores de sus ideales; que persiguió, no á España, precisamente, sino la realización de una quimera para entonces y dulce realidad después para nosotros: crear una nacionalidad soberana y libre.» ²

Una delirante ovación coronó estas palabras. La rigidez del protocolo desapareció completamente. El respetuoso silencio que debe presidir toda ceremonia oficial, fué roto por una tempestad de vivas y aclamaciones. El Excelentísimo señor General Polavieja contribuyó á romper los círculos de hierro del rigorismo acostumbrado, gritando estentóreamente: «¡Viva México! ¡Viva nuestro gran Presidente!» y el señor General Díaz, también vivamente conmovido, formuló el siguiente vítor, que fué secundado por todos los presentes: «¡Viva España! ¡Viva nuestra Madre Grandel!» Jamás el Salón de Embajadores había presenciado tanto delirio patriótico y tanta fraternidad en los pueblos. Cabe al gran Morelos la gloria de haber convertido el escenario de los ceremoniales más austeros, en un lugar de espontáneas y delirantes aclamaciones de amor á la patria y á sus héroes.

Imposición del Collar de la Orden de Carlos III al señor Presidente de la República.—El año de 1771, el Príncipe de Asturias que al través de los tiempos había de reinar con el nombre de Carlos IV, tuvo la felicidad de ver que, tras cinco años de matrimonio estéril, su esposa, María Luisa, hija del Duque de Parma, daba á luz á un niño que venía á asegurar la continuación de la dinastía. El nuevo Príncipe, nacido el 19 de septiembre, vino á disipar en algo las sombras del hogar paterno. Fué bautizado con el nombre de Carlos Clemente y tuvo una vida cortísima, substituyéndolo en sus derechos al trono su hermano Fernando, que nació dos lustros después. El nacimiento de Carlos Clemente produjo alegría tan intensa en el ánimo de su abuelo paterno, el ilustre Carlos III, que éste decidió, en acción de gracias, instituir una Orden de Caballería bajo los auspicios de la Inmaculada Concepción, de quien siempre fué devoto, para premiar á quienes se distinguieran por sus merecimientos personales ó por su amor al soberano. El propio Rey sería el Gran Maestre de la Orden, con el derecho inherente é inabdicable, que heredarían los sucesores del trono, de nombrar á los caballeros, divididos desde luego en dos clases: los grandes cruces y los pensionados, en número de sesenta los primeros y de doscientos los segundos. Se crearon cuatro ministros principales de la Orden y se declaró á ésta incompatible con todas las demás, inclusive la del Toisón de Oro, exceptuándose de esta regla á los soberanos y príncipes y á sus parientes inmediatos.

Los caballeros grandes cruces usaban, en un principio, como insignias, banda ancha de color azul celeste, con perfiles blancos, tendida del hombro derecho á la faltriquera izquierda, unidos sus extremos por un lazo de cinta angosta de la misma clase; sobre esta banda, una cruz semejante á la de la Orden Francesa del Espíritu Santo, y en el costado izquierdo de la casaca, un escudo bordado de plata, en forma de cruz y con la imagen de la Concepción, la cifra del Monarca y el mote *Virtuti et merito*; en los días solemnísimos, debían ostentar, además, un collar de eslabones de oro, con la cifra del Monarca y la imagen de la Concepción en el remate. Las insignias de los caballeros pensionados eran pequeñas y debían traerse pendientes del ojal de la casaca.

El año de 1804, fueron modificadas las insignias de los caballeros grandes cruces, disponiéndose, entre otras cosas, que la banda se compusiese en lo sucesivo de tres fajas, blanca la de en medio y de color azul celeste las de los lados, y que pendiera de ella una cruz de oro con ocho brazos iguales; nuevas modificaciones se introdujeron durante el reinado de Fernando VII, al grado de que poco ó nada quedaba ya de lo que había instituido Carlos III. En 1847, el Presidente del Consejo, Francisco de Asís Pacheco, estableció los siguientes grados en la Orden: caballeros, comendadores, comendadores de número y grandes cruces; finalmente, el real decreto de 25 de septiembre de 1878 añadió una categoría más en la Orden, con el objeto de honrar á los principales monarcas del Universo: la de caballeros investidos de collar, que vino á igualar en categoría al Toisón de Oro, pues es rarísimo que se otorgue á alguien que no sea una testa coronada: en la actualidad, Su Alteza Serenísima el Príncipe Enrique de Prusia, el Presidente Fallières y el señor General Díaz son los únicos caballeros investidos de collar que no tienen cetro en la mano.

¹ Véase la pieza número 56 del Apéndice.

² Véase la pieza número 57 del Apéndice.

Conforme á las prevenciones que gobiernan la Orden, cuando muere alguno de los caballeros investidos de collar, los deudos están obligados á devolver al trono español las insignias, para que puedan ser otorgadas á un nuevo agraciado, pues ningún nombramiento aumenta el restringido número de ellos, sino que se hace con el objeto de llenar un vacío ocasionado por muerte y se reduce, por lo mismo, á una simple substitución.

La desaparición de Su Majestad Británica Eduardo VII planteó en el ánimo de don Alfonso XIII el problema de señalar sucesor en la Orden al poderoso y respetado Soberano Inglés. El collar que había llevado en sus hombros quien supo ser generoso Príncipe y discretísimo Monarca Constitucional, tenía forzosamente que pasar á una personalidad que tuviese relieve universal; y el joven Rey de España la encontró en el Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, cuyo prestigio de formador de un pueblo es tan grande como el de los abolengos más añejos y las más linajudas dinastías.

Para que el Excelentísimo señor Embajador Especial de España pusiera en manos del señor Presidente de la República tan preciadas insignias, se dispuso una ceremonia solemne. El señor General Polavieja se presentó en el Palacio Nacional á las doce del día 19 de septiembre, acompañado de todo el personal de la Embajada y de la Legación Permanente, y fué introducido en el salón en que lo esperaba el señor General Díaz, por los señores Subsecretario de Relaciones Exteriores y Jefe del Estado Mayor de aquél.

Ante el estrado presidencial, el señor Embajador hizo uso de la palabra para expresar que, al asociarse España á la celebración del Primer Centenario de la Independencia Mexicana, había pensado en significar al señor Presidente toda la estima-



EL CASINO ESPAÑOL.